

CASANOVA, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*

Crítica, Barcelona, 2020, 394 pp.

Nicolás Buckley

Universidad Metropolitana del Ecuador, Ecuador  
nbuckley@umet.edu.ec

Cómo citar esta reseña: BUCKLEY, Nicolás (2022). Casanova, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (24), pp. 393-396, <https://doi.org/10.14198/PASADO2022.24.21>

Para los historiadores de la España contemporánea, el siglo XX no ha terminado. Aunque estemos entrando en la segunda década del actual siglo XXI, las dos guerras mundiales y la guerra civil que desangró España sigue condicionando, aunque sea de forma velada, la forma en la que los europeos (y por ende los historiadores) miran el mundo en nuestros días. Que duda cabe que la historiografía escrita sobre estas violencias es amplia, y podríamos señalar a Donald Bloxham y Robert Gertwarth como algunos de los historiadores punteros en tratar de explicar la ‘violencia de masas’ desde varios ángulos. Julián Casanova sigue esta estela tratando de irse fuera del continente europeo, concretamente a África, donde a través de las colonias se había construido a finales del siglo XIX y principios del XX una «cultura aristocrática, burguesa e imperial» desde donde las élites europeas vivían el mejor periodo de su historia.

Así empieza una ‘Violencia indómita’, explicándonos como en la ‘edad de oro’ del viejo continente la distinción entre burguesía y nobleza era tan fina que pertenecer a una ‘buena familia’ era condición *sine qua non* para poder prosperar en los negocios. Casanova lo explica con hechos fáciles de comprender para el lector, como por ejemplo constatando como «en 1901 los empleados en el servicio doméstico en Inglaterra eran el grupo más numeroso por ocupación».

Al análisis de clase social el autor incorpora el de género argumentando como el 'Código Napoleónico' sirvió de base en toda Europa para que a lo largo del siglo XIX el hombre (a su vez marido y propietario) fuera, en contrapunto a la mujer, la figura sobre la cual recaería toda la autoridad. La 'violencia indómita', que ya existía en las colonias europeas de África y Asia, llegaría a una Europa que antes del estallido de la primera guerra mundial en 1914, se vanagloriaba de haber inventado el teléfono o el coche. Esto que hoy llamamos 'progreso' estaba reservado por aquel entonces para hombres blancos y ricos, y la 'sociedad de masas' que iba emergiendo por entonces, representaba la principal amenaza a esta 'sociedad próspera'. Los primeros episodios de ataques terroristas que habían surgido en Rusia a finales del siglo XIX eran el presagio de dos premisas que se cumplirían a lo largo del siglo XX: La primera era que los pobres no estarían dispuestos a resignar su posición social por medios pacíficos. La segunda consistía en entender que gran parte de las tensiones estallarían en Europa del Este. Una 'Europa incivilizada' para muchos de los oligarcas que habían construido la gran 'edad de oro'.

Es posible que el primer gran movimiento anti sistema que se rebela contra este mundo de privilegios fuera el anarquista y, concretamente la España de principios del siglo XX era uno de los bastiones europeos de esta corriente ideológica. Desde la 'propaganda por el hecho', o mas tarde desde la pura 'violencia revolucionaria', el anarquismo empezó a consolidarse en la Cataluña urbana convirtiéndose en un 'movimiento de masas'. Es interesante como el autor subraya como el proceso catalán se produjo a la vez que el movimiento anarquista se iba prácticamente extinguiendo en el resto de Europa. Con el estallido de la primera guerra mundial el 'terrorismo anarquista' (basado en violencia individual) daba paso a una 'violencia de masas' ejercida a través de la modernización de los ejércitos europeos, en un contexto donde dos grandes regímenes políticos (el fascismo y el comunismo) nacían como expresión de un estado moderno que sentía la necesidad de combatir al 'enemigo interno'.

Sin embargo, si el comunismo soviético se basaba en una 'lucha de clases' donde el estado moderno proveería 'al pueblo' de los medios necesarios para vivir, el nazismo representaba una herencia cultural de las colonias africanas donde el 'darwinismo social' simbolizaba una «lucha por la supervivencia donde los fuertes dominaban a los débiles». Una ideología que no 'saltó' directamente de África al Tercer Reich, sino que, como bien destaca Casanova, a principios del siglo XX «los libros de texto en Gran Bretaña subrayaban la inferioridad racial de los pueblos sometidos». Y es que uno de los atractivos de 'Una violencia indómita' es que bebe de fuentes que no necesariamente vienen de la disciplina de la historia. Citando al sociólogo Michael Mann, 'Una

violencia indómita' nos adentra a reflexionar acerca de si la consolidación de la democracia en Europa fue llevada a cabo gracias a un proceso de homogenización donde la limpieza étnica ejercida en África simbolizaba un primer paso.

Hay que insistir que el gran mérito de este libro es 'mirar hacia afuera'. La modernidad era entendida a principios del siglo XX en buena parte de Occidente, así como de Europa del Este como un poso de «nacionalismo radical, darwinismo social y militarismo», donde la guerra era un 'medio legítimo' de relacionarse entre los estados. La modernidad traía al mundo el 'carácter total' de la guerra. Uno de los ejemplos mas claros del libro para explicar este hecho es como en Europa «la guerra química comenzó en abril de 1915 cuando el científico Fritz Haber, a quien le concedieron el Premio Nobel de Química tres años después, convenció al Estado Mayor alemán de que el uso de gas tóxico aceleraría la victoria en el frente del oeste». A este horror le siguió los campos de concentración usados durante la primera guerra mundial, una versión de las guerras coloniales africanas, y un precedente de lo que vendría con la segunda guerra mundial y los conocidos 'campos de exterminio'.

Sin embargo, Casanova también rastrea una historiografía (Reinhart Koselleck o David Armitage) donde las grandes revoluciones modernas (norteamericana, francesa, rusa y china) son analizadas como un 'hilo escarlata', es decir, como una 'liberación progresiva de la humanidad'. Casanova pone especial atención a la revolución rusa y, a través de la 'venganza de los siervos' (título que hace referencia a un libro anterior suyo), explica como en 1917, «los bolcheviques reestructuraron la sociedad, la volvieron a clasificar en grupos sociales definidos legalmente que de alguna forma repetían el sistema de propiedad de la Rusia tradicional.» El autor, para que el lector no tenga dudas, define al régimen soviético como una «dictadura de confiscación y de suministro de alimentos.» A través del anti-semitismo que proferían parte de las clases propietarias rusas, los judíos dieron su apoyo a los revolucionarios bolcheviques. La gran pregunta que se hace Casanova y que parece que día de hoy sigue levantando debates entre los historiadores es la siguiente: ¿Fue la toma de poder por Lenin el origen del 'terror' implantado por los bolcheviques? ¿O por el contrario el germen tuvo lugar mas tarde con la llegada de Iósif Stalin al poder? Casanova se decanta mas por la primera tesis, y explica como precisamente este 'terror rojo' precipita la llegada de los regímenes fascistas.

Este germen fascista sirvió para aplastar en Alemania la 'revolución espartaquista' liderada por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht donde los *Freikorps*, formados por voluntarios que venían de las guerras coloniales en África, sentían una profunda aversión a la izquierda y hacia los 'políticos en general'. Luxemburgo y Liebknecht murieron «aplastados a culetazos y rematados a

balazos». Casanova explica como, a diferencia de Rusia, «la ruptura completa con el pasado no era posible ya que Alemania disponía de poderosas fuerzas contrarrevolucionarias, militares y económicas». Y es aquí donde Casanova incorpora, aunque no lo dice explícitamente, el ‘análisis de género’ a estas violencias cuando conecta el ‘odio al bolchevismo’ que se genera durante este periodo de entreguerras con la antipatía de la clase política conservadora hacia las ‘mujeres politizadas’. Precisamente el asesinato de Rosa Luxemburgo constituye «el ejemplo mas notorio del desprecio de la mujer roja, compartido por la militancia ultraderechista de la mayoría de los países de Europa».

‘Una violencia indómita’ reconstruye los odios que recorrieron Europa durante el siglo XX ‘desde abajo’. Y es precisamente desde esta mirada a la vida cotidiana de los europeos en años tan convulsos como la segunda guerra mundial, desde donde Casanova intenta separarse de las teorías que equiparan el ‘estalinismo’ con el ‘nazismo’: «Los campos alemanes fueron creados con la intención de ejercer la violencia contra los enemigos de la nación: el trabajo en ellos conducía deliberadamente a la destrucción. El trabajo en el Gulag podía ser destructivo, pero el objetivo era mantener a los prisioneros vivos.» Sin embargo, Casanova también desmonta un mito sobre él que la ‘izquierda europea’ vivió hasta hace bien poco. La heroicidad del ejército rojo llegó había llegado hasta tal extremo que el arma prototípica de sus soldados, fue conocida durante mucho tiempo como el ‘libertador de pueblos’. Si el fascismo puede considerarse, sin temor a exagerar, como una ‘ideología machista’, el maltrato a la mujer fue utilizado también por los ‘libertadores soviéticos’ para redimirse de la destrucción infringida por los nazis en territorio ruso: «La toma de Berlín fue acompañada de violaciones de miles de mujeres, en ocasiones en presencia de niños. Las cifras oscilan entre 100.000 y dos millones de mujeres alemanas violadas». Nada más que añadir.